





Desde nuestra más tierna infancia escuchamos en diferentes ambientes una pregunta que, por lo menos en España, se repite con machacona insistencia *¿Eres de ciencias o de letras?* Esta dicotomía nos ata durante toda la etapa escolar y hay quienes nunca logran quitársela de encima. Afortunadamente son ataduras fáciles de eliminar, basta con tener curiosidad e interés, cualidades que deberíamos mantener toda la vida.

Durante años he evitado cualquier contacto con el mundo científico, empeñada en que allí nunca habría sitio para alguien como yo, con un currículo puramente humanístico y a quien, por infortunio, aterran tanto los números.

A menudo con una sonrisa, excusándome por no seguir una conversación más o menos relacionada con temas técnicos o científicos. “Es que soy de letras”. Hubo un tiempo en el que no me importó en absoluto, ya que entonces mantenía la absurda creencia de que el conocimiento humanístico estaba más próximo a los problemas reales de las personas, mientras que las ciencias seguían siendo ajenas e incapaces de aterrizar en cuestiones más sociales.

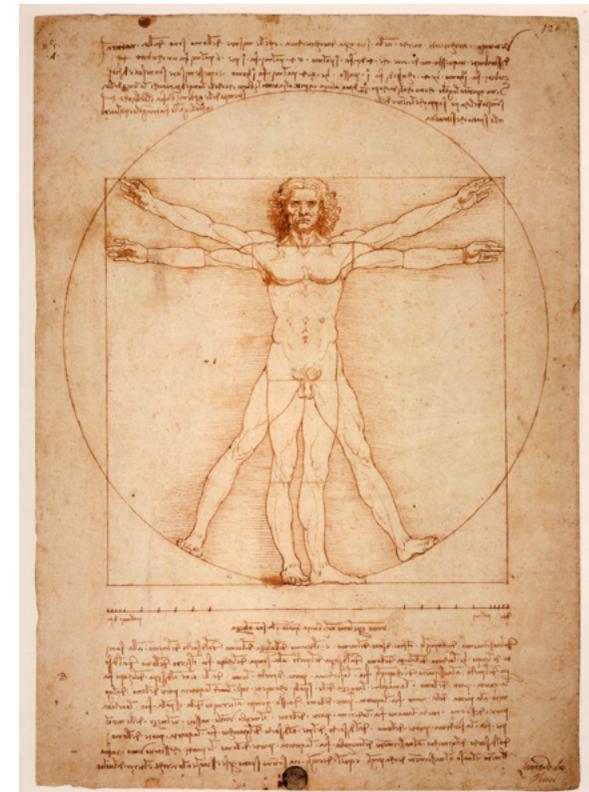
Testimonios como este demuestran cuán aberrante es esa dicotomía creada entre ciencias y letras. ¿Qué dirían los filósofos clásicos de la separación del conocimiento en dos culturas diferentes y, en apariencia, contrapuestas? Aunque la línea que divide las humanidades de las ciencias es cada vez más fina, la confrontación entre ambas técnicas es una creencia muy arraigada a la sociedad, alimentada especialmente por el sistema educativo. ¿Es menos científico aquel que siente placer al admirar una obra de arte? ¿Podría

preocupar a un filólogo el cambio climático? Para mí, sin embargo, la pregunta era: ¿Puede una historiadora y periodista escribir sobre ciencia?

Aquel pensamiento me persiguió durante meses. La idea me resultaba arriesgada, a la vez que muy atractiva. Cuanto más me informaba sobre el mundo de la comunicación científica mayor era mi entusiasmo, aunque la incertidumbre también acudió a mí en muchos momentos, más de lo que yo había imaginado. Lo primero es que carecía de cultura científica, puesto que mis libros de biología y física quedaron arrinconados hace casi una década. ¿Qué iba a saber escribir yo sobre calentamiento global o sobre las energías renovables? Pero no fue tanto la complejidad de lo científico lo que me atemorizó realmente, sino el hecho de tener que abandonar todo lo relacionado con la historia, la literatura o el arte. Sentía que estaba traicionando a algo o a alguien, a mí quizás. Entonces me pareció retroceder en el tiempo a esa clase de instituto donde me hicieron escoger entre el bachillerato científico o el humanístico.

Los primeros días de clase porté una mochila llena de inseguridades que poco a poco se fueron descargando. Ese momento creo que llegó con la asignatura de Historia y Filosofía de la Ciencia. “¿Había leído Historia?”. Newton, Darwin, Einstein y la revolución científica del siglo XX, la

Cultura Material. Aquella era una historia desconocida, alejada de la cronología y de las anécdotas de reyes y papas que acostumbraba a estudiar



El Hombre de Vitruvio o Estudio de las proporciones ideales del cuerpo humano realizado por Leonardo da Vinci. / Pixabay





*“Por lejanas o distantes que parezcan, la historia y la ciencia tienen una conexión indisoluble que nace en el momento mismo en que estos campos del saber se constituyen”*

en la universidad. Una historia y filosofía igual de válidas, pero cuya pretensión es visibilizar la forma en que los seres humanos hemos establecido nuestra relación con el mundo a partir de los criterios que establece la racionalidad científica.

Por lejanas o distantes que parezcan, la historia y la ciencia tienen una conexión indisoluble que nace en el momento mismo en que estos campos del saber se constituyen. A veces nos empeñamos en dotarlas de significado contrario, pero sin embargo el estudio del pasado es lo que otorga de co-

nocimiento a todas las disciplinas. Porque mirar al pasado es una forma de comprender el presente e imaginar el futuro.

Aún tardaría un tiempo en llegar a comprenderlo. Mientras tanto seguía buscando la manera de encajar en aquel puzzle de lo científico. Había leído sobre neurología, biología molecular, inteligencia artificial e incluso astronomía, intentando convencerme de que la inspiración saldría en cualquier momento. Entonces me topé por casualidad con mis viejos apuntes de universidad, entre los que asomaba un libro sobre neandertales, al que en un principio no hice ni el menor caso. A todo esto, he de confesar que las asignaturas de prehistoria y arqueología no fueron mis preferidas durante la carrera, sino unas más entre otras muchas. La cosa es que al final acabé por explorar las páginas de aquel libro color verde que me llevó a cues-

tionarme sobre la curiosidad que tenemos los sapiens hacia esta especie de homínidos. A partir de ese momento fui adentrándome en el increíble y fascinante mundo de la evolución humana.

Los neandertales no fueron realmente quienes despertaron mi pasión por los homínidos, sino los estudios con perspectiva de género en arqueología que cuestionan la hipótesis del hombre cazador: “Érase una vez el hombre y la caza como protagonistas de la prehistoria”. Comencé a excavar entonces entre toda una biblioteca básica sobre el asunto y descubrí que nuestra identidad como especie humana estaba trucada por las narrativas históricas utilizadas con fines ideológicos. ¿Quiénes éramos entonces?

La inquietud por nuestros orígenes me llevó a adentrarme en otro de mis nuevos hallazgos: el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Aquel edificio que preside el largo tramo del Paseo de la Castellana es una gran enciclopedia de nuestra historia natural. También es un álbum de recuerdos para los que durante su infancia acuden cada domingo a visitarlo en busca de dinosaurios o animales exóticos. Esta es una etapa que se vive con mucha intensidad y con pasión, pero que suele ser efímera. Algunos, sin embargo, se dejan atrapar para siempre y conservan la curiosidad y el entusiasmo y los dedican a descubrir los entresijos del pasado y de la naturaleza. Otros abrimos la puerta un poco más tarde de lo habitual, pero



*La escuela de Atenas es una de las pinturas más destacadas del artista Rafael Sanzio. / Wikipedia*



con el mismo entusiasmo por explorar nuestra identidad evolutiva como especie e individuos.

Para nosotros, los historiadores, un museo siempre es un buen refugio. Más aún si se trata del originario Real Gabinete de Historia Natural, uno de los más antiguos del mundo. A quien guste tirar un poco de imaginación puede revivir aquel 17 de octubre de 1771 cuando el monarca Carlos III, poco amante del boato y las ceremonias, inauguraba el primer museo dedicado a la educación de sus ciudadanos. Como dice el escritor y filósofo Gustavo Martín Garzo, “la realidad necesita de la fantasía para hacerse deseable”. Creo que no hay mejor forma para describir la esencia del MNCN, un lugar donde se trabaja con la ciencia sin olvidar la imaginación y la fantasía, dos buenas herramientas para hacer llegar disciplinas que pueden parecer áridas.

El Museo es en sí un narrador por excelencia. Entre sus muros se desprende una historia escrita desde la naturaleza y la investigación, que da forma y sentido al concepto de cultura científica. Para ello convierte la ciencia en algo tangible y práctico, alejada de la idea del talento o de la genialidad de unos cuantos. No exagero cuando digo que fue entre sus láminas, vitrinas y cuadros cuando comencé a hacerme un hueco en ese mundo de lo científico que tan lejano y extraño me había resultado siempre, pues allí la ciencia se aprecia como una especie de espectáculo que favorece su percepción como algo vivo y creativo.

A nadie pareció importar mi equipaje de “letras” porque allí no existe ninguna distinción

*“Entre las vitrinas del MNCN comencé a hacerme un hueco en ese mundo de lo científico que tan extraño me resultaba, pues allí favorecen a percepción de la ciencia como algo vivo y creativo”*



*El jardín del Eden, una de las piezas que se muestran en el Real Gabinete del MNCN // José María Cazcarra*

entre disciplinas, sino que más bien actúa como puente entre ambas. Me topé con periodistas, historiadores de arte, biólogos, geólogos, pedagogos

e incluso filólogos. Todos ellos, aunque de diferentes ámbitos, forman parte de un auténtico museo de ciencias. Se trata de un equipo que representa a la sociedad en su máxima totalidad porque, aún estando compuesto por personas de áreas de conocimiento alejadas entre sí, a la vez generan sinergias y planteamientos que suman diversidad. Estaríamos hablando de hacer accesible la ciencia para todos y tomarla como algo más cercano a la gente, evitando así su visión como algo inalcanzable e incomprensible.

De todos mis hallazgos, fue el MNCN el que consiguió dar definitivamente con la respuesta a la pregunta “¿Puede una historiadora y periodista escribir sobre ciencia?”. Si bien las primeras notas de prensa vistieron más de rojo y tachones, poco a poco consiguieron adquirir forma en tiempo récord. Escribí sobre hormigas y planes agroambientales, ecosistemas bacterianos, estorninos e incluso petroglifos; temas completamente desconocidos para mí y que hubiese creído incapaz de abordar hace tan solo unos meses. Siempre diré que mis prácticas en el Museo fueron como volver a las clases de biología, pero esta vez con la ventaja de llevar conmigo las ansias por aprender y querer formar parte del extraordinario mundo de lo científico. No tengo ni idea de lo que me deparará el futuro, si merodearé entre las secciones de cultura o de ciencia, pero de si algo estoy segura es que he dejado de “ser de letras” para convertirme en una persona que percibe y disfruta del conocimiento sin divisiones. Porque el saber tiene muchas ramas y es polifacético, no solo son ciencias o letras ■

